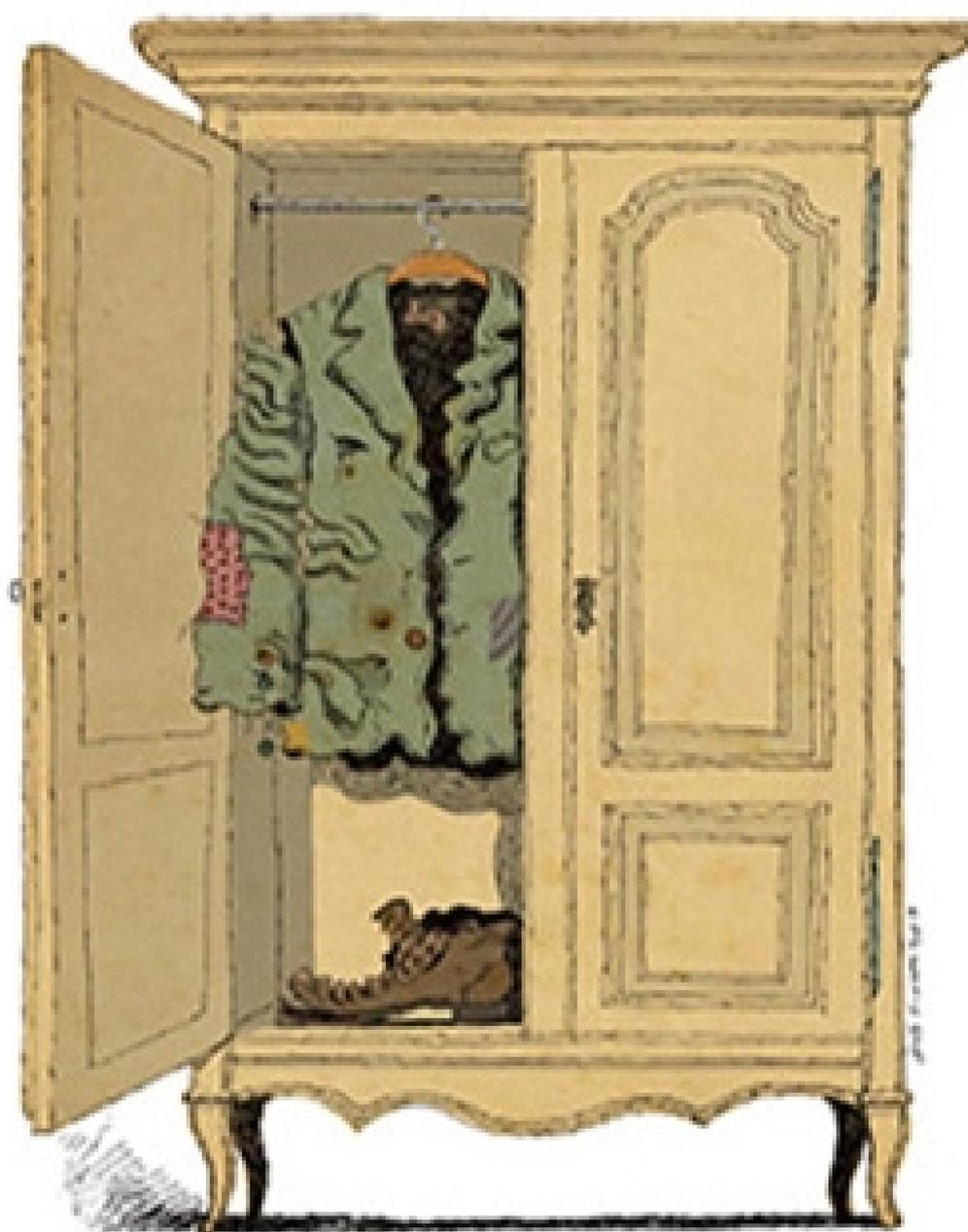


QUÉ SE DECIDE EN EUROPA | CONVERSACIÓN CON REYES MATE | MIS DÍAS CON NELSON MANDELA

EL CIERVO

Revista de pensamiento y cultura. Año LXIII. Nº 747. Mayo-julio 2014. 9,95 €

Fundada en 1951



LA NUEVA POBREZA

Una conversación sobre los caminos de la exclusión



OJO DE BUEY

Crónica de unos días con Nelson Mandela

TONI COMÍN

Un encadenamiento de casualidades propició que el verano del 1999 Toni Comín se alojase durante varias semanas en casa de la familia Mandela-Machel. Esto le permitió conocer a Nelson Mandela y tener el enorme privilegio de compartir su intimidad familiar. Esta crónica, en su primera entrega —tiene dos partes—, recoge los recuerdos más impactantes de aquellos encuentros, ya sea por su carga política, moral, humana o emotiva.

A María Rosa Virós, a quien hace ya muchos años, una tarde en Sevilla, prometí que algún día escribiría estos recuerdos.

La vida es caprichosa, o quizás no tanto. La trama de nuestra historia personal y colectiva está llena de casualidades que, por más que sean fortuitas, están tan cargadas de significado que cuando suceden nos parecen necesarias e inevitables. Sentimos que aquello tenía que haber ocurrido así. Este es el sentimiento que me acompaña cuando recuerdo la suma de coincidencias que me llevaron, hará 15 años, a conocer personalmente a Nelson Mandela y a compartir algún tiempo con él, en la intimidad de su vida familiar, en Cape Town y Johannesburgo. No hay duda de que se trató de un privilegio inmenso, difícilmente igualable, uno de estos regalos que a veces te da la vida sin que haya mérito alguno que lo justifique. Pero, probablemente, las casualidades sean ambas cosas a la vez: a la vez una fortuna y un destino.

Allá por 1996, una buena amiga de mi madre la llamó desde Madrid para pedirle un favor extraño: otra

“Convivir con él en la intimidad de su vida familiar fue un inmenso privilegio

amiga suya, mozambiqueña, “necesitaba una familia” en Barcelona. Sus dos hijos, Josina, una joven de poco más de 20 años, y Malenga, un adolescente que todavía no alcanzaba los 18, deberían pasar largas temporadas en la ciudad durante algún tiempo por motivos de salud. La naturaleza, como la vida, también es caprichosa. En este caso cruelmente caprichosa: Josina y Malenga estaban desarrollando una enfermedad en la vista relativamente grave, de origen genético. No había en todo el mundo clínica mejor que la Barraquer, en Barcelona, para asegurarse de que aquella guerra contra la amenaza de ceguera se iba a ganar. Una guerra que en el caso de Malenga se preveía especialmente prolongada, con

largos tratamientos y continuas visitas al médico durante meses, a lo largo de varios años.

La amiga mozambiqueña, viendo que sus hijos tendrían que instalarse a menudo en Barcelona y que ella no siempre podría acompañarlos a causa de su muy activa vida profesional, deseaba una familia que los acogiese y les hiciese de “segunda casa” durante sus estancias en la ciudad. La tal amiga resultaba ser Graça Machel, una desconocida para gran parte de la opinión pública europea pero toda una institución en el África austral. Activista de la FRELIMO (Frente para la Liberación de Mozambique) desde muy joven, en 1975, año en que la guerrilla comunista consiguió echar a los portugueses de la ex colonia y proclamar la independencia, entró en el gobierno como ministra de Educación y, además, se casó con Samora Machel, nuevo presidente del país.

Samora, apodado como “el Fidel Castro africano”, un político cuyo carismático liderazgo trascendió pronto las fronteras de Mozambique para convertirse en uno de los referentes de la izquierda africana, murió en 1984 junto a gran parte de su gobierno en un oscuro accidente de aviación, del que todavía hoy se discute sobre si fue un accidente o un atentado orquestado por los servicios secretos de la

Toni Comín es profesor de Ciencias Sociales, ESADE (Universidad Ramon Llull)

Sudáfrica del apartheid. Además de los hijos que había tenido con su primera esposa, Samora dejaba huérfanos los dos vástagos –Josina y Malenga– que había tenido con Graça, la cual a partir de aquel momento abandonaría para siempre la vida política para convertirse en activista social, impulsora de ONGs dedicadas al desarrollo de su país y, durante un tiempo, responsable de una Comisión de la ONU dedicada al estudio del impacto de las guerras en la infancia.

Nunca supe por qué la amiga común de mi madre y de Graça Machel pensó en nosotros, en los Comín Oliveres, como “la familia” adecuada para Josina y Malenga. Quizás por las edades similares de los hijos de una y otra mujer. Quizás por ser las dos mujeres viudas de sendos líderes marxistas en sus respectivos países, salvando todas las distancias. Quizás porque ambas se dedicaban al sector de las ONGs de cooperación. Probablemente por todos estos motivos a la vez. La cuestión es que en pocos meses los Comín nos convertimos en lo que Graça –que muy pronto se haría llamar “tía Graça”– denominaba “la familia de Barcelona” y los Machel pasaron a ser nuestra “familia mozambiqueña”. Comprobé lo que para mí hasta entonces era un simple tópico: que la concepción de la familia del África negra es algo distinta de la nuestra. Y de la noche a la mañana me encontré con un “hermano pequeño”, casi diez años más joven que yo, al que –siempre con permiso del oftalmólogo– me dedicaba a descubrir los secretos de la noche barcelonesa. Yo, que era el benjamín y toda la vida había ejercido militantemente en tanto que tal, estaba más que encantado.

Fueron tiempos memorables. Graça aterrizaba a menudo en Barcelona para seguir de cerca el tratamiento de sus hijos, que evolucionaban según su plan previsto, sin abandonar sus ONG mozambiqueñas y sus tareas en la ONU. Cuando llegaba el verano, Malenga se instalaba con nosotros en el viejo caserón familiar de Castellterçol y allí disfrutaba de su descubrimiento preferido: su “madre de Barcelona”, es decir, la mía, que era la más protectora, dulce y payasa de las madres que él nunca hubiera podido imaginar.

UN SECRETO PERSONAL

El amor, como la vida, también es caprichoso, o quizás no tanto. En una de sus venidas, Graça nos quiso confesar un secreto personal, consciente de que pronto se convertiría en una de

las noticias del año en toda la prensa mundial: tenía un novio y este novio se llamaba Nelson Mandela. Dejo para los amantes de las hemerotecas de qué modo Graça Machel y Nelson Mandela se conocieron personalmente, porque se trata de una historia pública y conocida. Sólo dos datos: el gobierno de Samora Machel había sido uno de los principales apoyos del partido de Mandela, el CNA, cuando este estaba en la prisión; y Mandela se había separado de Winnie al poco de salir de la cárcel.

La revelación, por supuesto, nos dejó estupefactos. De la noche a la mañana, Mandela dejaba de ser Nelson para convertirse en “Madiba”. Gran alborozo de los Comín Oliveres, por no decir euforia. ¿Si Graça era nuestra “tía” y Mandela era su novio, esto significaba que él pasaba a ser también “tío” nuestro? ¿Era posible que, sin haber hecho yo nada, de repente me hubiese convertido en “sobrino” de Nelson Mandela, el personaje político vivo que, a mí igual que a cualquier otra persona, me generaba sin duda alguna una mayor admiración? ¿Nos habíamos convertido los Comín ya para siempre “familia” del que probablemente era la mayor figura pública de la humanidad? ¡Tanta suerte no podía ser! Bromas y socarronería aparte, la noticia encerraba una especie de justicia poética que Graça no podía ni imaginar: en 1986 la Fundación Comín le había dado el Premio Internacional Alfonso Comín al preso 46664 de la prisión de Robben Island, cuatro años antes de su liberación. Aquella era la tercera edición del Premio de una Fundación que por aquel entonces apenas empezaba a andar –y que el año pasado cumplió su trigésima edición.

Nunca acabé de tener claro si a mí “hermano pequeño”, Malenga, le había hecho mucha “graça” que su madre Graça se echase un novio... ¡y a su edad! Para ser justos, nunca dio el menor síntoma de celos, pero quién sabe lo que pasaba por su corazón de único hijo varón. Mandela, sin lugar a dudas, no era un rival fácil. Pero aquél hombre de inteligencia emocional desbordante lo conquistó regalándole una cálida protección paternal de la que aquel adolescente había carecido desde muy pequeño. Fue de esta manera que la llamada nocturna de Mandela –o, mejor dicho, de Madiba– al teléfono de la casa de Castellterçol se acabó convirtiendo en la más excitante de las costumbres de aquel verano de 1997. En efecto, el todavía presidente de Sudáfrica telefoneaba a menudo, casi a diario, a su sobrevenido hijastro para saber cómo avanzaba el tratamiento

“Graça nos anunció que se casaría con Madiba el día de su 80 aniversario

e interesarse por unos estudios que, por fuerza, estaban siendo demasiado intermitentes.

Fue de este modo que tuve mi primer contacto directo con aquel mito viviente. En 1997 los móviles apenas existían. No hacía falta ser un adicto a la mitomanía para quedarse profundamente impactado al descolgar el teléfono inalámbrico de aquel viejo caserón de montaña y oír nada más y nada menos que una voz profunda que te decía: “Hi, this is Nelson Mandela. Who am I talking to?” Recuerdo la noche en que mi madre se lo encontró al otro lado del auricular por vez primera y, presa de la emoción, le espetó con tono guasón: “Madiba, I love you!”, sin ni siquiera haberle dicho hola. Sea como fuere, si hasta aquel momento sabíamos unas cuantas cosas de él en tanto que personaje público, a partir de aquel momento fuimos descubriendo muchos detalles entrañables de su faceta más personal.

El año siguiente Graça nos anunció que, después de muchos meses resistiéndose, finalmente había decidido ceder a la perseverante presión de su novio. Para celebrar los 80 años de Madiba, el mismo día de su aniversario se casaría con él. Pero a mediados de julio, a muy pocos días de la boda, Malenga tuvo una inesperada y muy inoportuna infección ocular, de bastante mala pinta. Graça aterrizó en Barcelona de inmediato y viendo el panorama decidió, por un momento, anular la ceremonia. Mi madre estaba en Brasil para conocer a Pere Casaldàliga, una de las mayores ilusiones de su vida. Aquellos días éramos mis hermanos y yo quienes nos estábamos haciendo cargo del joven Malenga. Y fuimos también mis hermanos y yo quienes, alrededor de la cama donde se recuperaba el paciente, convencimos a Graça para que cogiese el avión que tenía que llevarla hasta el altar. “¿Cómo vas a frustrarle a Madiba la mayor de sus ilusiones en este momento de su vida? ¡No se le puede hacer esto a



Nelson Mandela por
Sci. Am. 1987

un hombre como él! ¡Y menos a su edad!", le decíamos nosotros. "¡Pero si vuelvo ahora ya no me dará tiempo de ir a la peluquería! ¿Cómo me voy a casar con los pelos de esta manera?", nos respondía ella. Desde entonces, cuando veo fotos cuyo pie reza más o menos así: "Mandela y Graça Machel el día de su boda, coincidiendo con el 80 aniversario del primero" mi vista se fija automáticamente en la muy poco sofisticada melena de la novia.

"TE TOCA VENIR A TI"

El verano siguiente Malenga ya estaba de alta y ya no tenía que volver a Barcelona. "Ahora te toca venir a ti", me dijo. Fue así como a principios de agosto de 1999 inicié un viaje de un mes alojado en las distintas casas de los Mandela-Machel, en Cape Town, Maputo y Johannesburgo. Finalmente conocería al héroe en persona. ¡Hasta compartiría con él parte de su vida

privada! Sin embargo, a lo largo de un mes, de hecho no fueron tantas las ocasiones en que coincidí con él —aunque viví cada una de ellas como si fuesen un momento único y excepcional, ¿o es que acaso no lo eran?—. Pocos meses antes, Mandela había acabado su mandato como presidente de Sudáfrica, pero a pesar de su avanzada edad su agenda estaba repleta de viajes al extranjero, donde encontraba los principales líderes mundiales, y cuando regresaba no paraba de recibir visitas también de todo el mundo —en aquel momento me sorprendió especialmente una que, coincidiendo con mi estancia allá, le hizo Michael Jackson, que al parecer sentía una verdadera veneración por el viejo luchador antirracista.

La memoria, como lo vida, también es caprichosa, o quizás no tanto. La trama de nuestros recuerdos va desde lo borroso a lo indeleble. De todos mis encuentros con él, hay cuatro (en realidad, tres más uno) que me han quedado especialmente grabados. El

primero, como no podía ser de otra manera, es el del día en que le conocí. Era una mañana soleada, el cielo despejado y muy azul. Yo llevaba dos días en Cape Town. Al dejar de ser presidente, Mandela había desalojado su residencia oficial en la ciudad. Y aquel día estaba mirando una bonita torre de estilo inglés para ver si se animaba a comprarla y así disponer de una casa propia en la más bonita de las capitales surafricanas. Alguien de su gabinete me acompañó hasta la puerta del jardín y, descansando en un sillón, de espaldas a mí, a una decena de metros, bajo el sol resplandeciente, en medio de una amplia extensión de césped, apareció la silueta de aquél hombre que había visto y admirado tantas y tantas veces a través de mil pantallas y mil fotografías. De fondo se oía la música de un pequeño riachuelo que cruzaba por algún extremo del jardín.

Graça hizo lo previsto en estas ocasiones: "Hola, Toni, acércate, Madiba ya tenía ganas de conocerte. Le hemos hablado mucho de ti, de toda la familia de Barcelona". Fui hasta ellos, él se giró y, sin levantarse, me dedicó una de aquellas sonrisas que no hace falta describir porque son conocidas del mundo entero —una sonrisa inigualable que procede más de la mirada que de los labios—. "Hi Toni! We finally met. How are you? I am happy you come to spend some days with us", me dijo mientras yo le daba, feliz y emocionado, un fuerte apretón de manos. Pero entonces Graça hizo lo imprevisto: "Espera un momento, Madiba, por favor, levántate. ¿A ver cuál es el más alto de los dos? ¡Oh, nunca hubiera dicho que erais igual de altos! ¡Siempre hubiera imaginado que Madiba era un poco más alto que tú!" Mandela, siguiéndole la broma, se puso de pie delante mío, con su frente a poco menos de un palmo de la mía. Fue así como, sin tiempo de reaccionar, me encontré con los ojos risueños de aquél hombre a escasos centímetros de los míos, mirándome fijamente.

No sé si "tía Graça" había provocado aquella situación a propósito, a sabiendas de que aquellos segundos quedarían grabados en mi memoria como un momento indescriptible para el resto de mis días. Nunca se lo pregunté. Lo que sí sé es que nunca en toda mi vida me había sentido tan bajito, tan pequeño, tan minúsculo como cuando oí a Graça diciendo: "¿A ver cuál es el más alto de los dos?", mientras yo contemplaba frente a mí el rostro de aquél gigante, probablemente el mayor de los gigantes que nos haya brindado nuestro tiempo.

